



PLM
Escuela de Artes
Año
Monseñor Víctor
1977



ENSEÑAR ES INSISTIR EN LA VIDA

HILDA MAR RODRÍGUEZ GÓMEZ

Profesora Facultad de Educación, Universidad de Antioquia

Maestro forjador de futuro,
Alonso Ríos. 1999
Ciudad Universitaria
Foto Maritza Hernández G.

Los indicadores económicos, que por años han sido usados para leer la vida, se han empleado, también, para explicar la pandemia: la famosa curva, la afección del PIB, la ralentización de la producción, el ingreso y el crecimiento. Palabras grandilocuentes apoyadas en fórmulas exquisitas, producto del ingenio humano, que se ponen a circular como si de palabras divinas se tratara. Términos que borran, ocultan o transforman en un número la vida, y todo lo que ella supone; incluida la enseñanza. Para esas palabras y sus fórmulas el mundo, y todo lo que este contiene o podría contener, es mensurable, reductible a datos que despersonalizan las relaciones y las vuelven *asépticas, limpias*.

Educar en este momento de contingencia sanitaria y educativa, en que podemos evidenciar los efectos adversos (perversos) de las políticas neoliberales, debe ser un imperativo político y ético. Debemos continuar la enseñanza para mostrar las ventajas de seguir y la urgencia de seguir. Debemos enseñar, contar, guiar, orientar, indicar y compartir para confrontar visiones de mundo, para ampliar el espectro analítico de lo que acontece.

Enseñar en estos tiempos es señal de resistencia, es una suerte de terquedad ante el vacío y la imposibilidad. Esta acción nos invita a pensar en lo que dice Ordine (2013), que lo inútil o poco rentable, aquello que no sirve para la economía, como la esperanza y la alegría, el encuentro, la palabra, las ideas y el pensamiento, sean bella expresión de humanidad.

Y nuestro oficio, la enseñanza, es lo más inútil entre lo inútil porque, dice el mercado, nos demoramos mucho para surtir de profesionales al medio, no les desarrollamos/formamos en competencias necesarias y no respondemos, a través de los diversos sistemas de medición, a la inversión que hace el Estado. En otras palabras, no somos rentables. Seguir en la enseñanza es lo que María Zambrano denomina *no dimitir*, del lugar, del oficio, de la posición. Y ello significa, entre muchas cosas, tener la paciencia, la medida, el tesón, la fortaleza, la decisión, para enseñar y confirmar que este oficio de la transmisión es lo que sostiene la sociedad, la comunidad; es lo que nos genera y permite seguir.

Por ello, seguir es persistir en nuestro oficio, tomarnos en serio aquello de lo inútil. Enseñar en medio de la crisis que produce el virus: confinamiento, desarraigo, ruptura de los lazos, pérdida de la espacialidad; es ofrecer una respuesta que evita el desgarró, la fragmentación. Enseñamos para proponer otros diálogos y conversaciones, para poner a circular otras palabras; porque los géneros que circulan se posicionan y copan los espacios de intercambio comunicativo, dicen mucho de la manera cómo una sociedad se piensa a sí misma. Por ello, enseñamos para estar fuera de serie, de la serie de las palabras sobre las cifras, los protocolos.

La enseñanza es una invitación a persistir, insistir, a prestar atención al instante, a la experiencia. Es hacer que el miedo a la dificultad, o el miedo y la dificultad, no nos paralicen. Ejercer nuestro oficio, hacernos a pulso, a semejanza del buen pan o del artesano, para que nuestro magisterio pese a que es falible, sea una confirmación de la esperanza; porque “enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad trascendente” (Steiner, 2007, p. 173).

Educar no es llenar de certezas; es, por el contrario, “partir de las propias raíces, impulsar hacia la posibilidad inédita de adquirir experiencia de la apertura de los mundos, de detenerse allí sin pretender apropiarse de ella, sino aprendiendo a descentrarse del propio Yo y sus fantasmas de dominio” (Recalcati, 2019, p. 71). Por ello, enseñar en medio de esta incertidumbre, de este momento aciago que parece hacernos perder el norte, que nos desubica, nos descoloca, es una imperiosa necesidad ética, un compromiso político, una responsabilidad civil. No es momento de dimitir, de dejar, soltar, perder, esquivar... Es hora de asumir que con nuestra acción podemos contribuir a la vida; porque elegimos no renunciar a mostrar, señalar, marcar, orientar, guiar; sino que, en medio de estas vicisitudes sociales y políticas, elegimos enfatizar la autoridad, en su sentido primero: hacer crecer.

Seguir, insistir con la palabra, el encuentro, la escucha, son formas de resistencia; pues, podemos proponer lecturas, miradas, conceptos que aminoren la marcha, que pongan bajo sospecha la solución rápida y el juicio apresurado sobre lo que funciona y lo que no, acerca de los efectos sobre la formación; y nos permite, en cambio, degustar las formas que tenemos para permitir que el sujeto habite su historia, se reconozca como un ser humano.

Nuestra acción será simiente, riego, semilla, idea, palabra y voz. Ejercer nuestro oficio, igual que los funambulistas, nos lleva a enfatizar el valor del encuentro, de ese que siempre se actualiza, es renovado, es un acontecimiento; un encuentro que no precisa el dominio o la posesión; sino, que requiere la disposición y la apertura: al saber, a las demás, a nosotras mismas. Nuestra acción y sus efectos no se verán reflejadas en el PIB, ni siquiera en los índices de felicidad de un país; sus efectos se harán sentir en cada espacio vital que ocupen aquellos que han estado en esos encuentros. ■

Referencias

- Ordine, Nuccio (2013). *La utilidad de lo inútil*. Barcelona: Acantilado.
- Recalcati, Massimo (2019). *La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza*. Barcelona: Anagrama.
- Steiner, George (2007). *Lecciones de los maestros*. México: FCE.

